

ARQUITECTURA

REVISTA MENSUAL ORGANO
OFICIAL DE LA SOCIEDAD
CENTRAL DE ARQUITECTOS

PRÍNCIPE, 16

Año IX Núm. 94

MADRID

Febrero de 1927



VISTA PANORÁMICA DE MADRID DESDE LA ORILLA DERECHA DEL RÍO MANZANARES. DE UN DIBUJO DEL AÑO 1561 QUE SE CONSERVA EN LA BIBLIOTECA NACIONAL DE VIENA.

LA EXPOSICIÓN DEL ANTIGUO MADRID

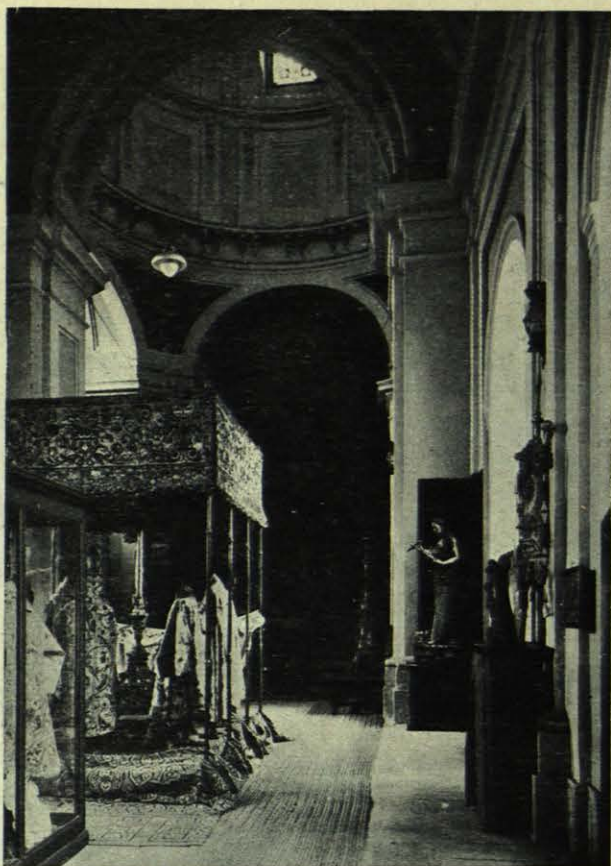
LA Sociedad Española de Amigos del Arte, institución de brillante historia cultural y artística, ha inaugurado su Exposición anual, instalada, por esta vez, en el viejo Hospicio de San Fernando, de esta corte, recientemente restaurado. La importancia de esta Exposición en materia de Arquitectura, prescindiendo de otros interesantísimos aspectos, la hace digna de ser acogida entusiásticamente por nosotros y de que le prestemos toda la atención que merece.

El edificio del Hospicio, cuya demolición pareció por varias veces inminente, pudo salvarse

al fin, gracias a la tenacidad de varias personas entusiastas, que no podían ver resignadamente la desaparición de la famosa y representativa portada de D. Pedro Ribera.

Este triunfo es la rehabilitación más elocuente de aquel maestro, tan vapuleado por la crítica del siglo XIX, y demostración plausible del interés que la opinión española se va tomando por la conservación de su patrimonio artístico.

Por primera vez, después de las obras, abre sus puertas el viejo Hospicio, y esto justificaría un análisis más detenido del edificio si no supiéramos



INTERIOR DE LA CAPILLA DEL HOSPICIO, EN LA QUE SE DESARROLLA UNA PARTE DE LA EXPOSICIÓN.

mos que ha de ser objeto algún día de un artículo especial de esta revista. Entonces podrán apreciar, quienes no la conozcan, la acertadísima labor del Arquitecto D. Luis Bellido, maestro de criterio bien definido y tan celebrado en las múltiples e importantes restauraciones que le fueron encomendadas en su larga carrera profesional. Digamos, únicamente, que la celeberrima portada de Ribera, para quien en otros tiempos parecía poco un manicomio, se destaca ahora neta y victoriosa del fondo rojo carmín del nuevo agramilado de los muros, y que los antiguos locales destartados y ruinosos se han convertido en amplios salones de sobria decoración y grata luz, cobrando así el conjunto un sello insospechado de belleza, sin perder nada de su carácter.

La creación de un Museo referente a Madrid, al modo de los que poseen casi todas las capitales de Europa, era ansia hace tiempo sentida y que hasta ahora no pudo tener realización por falta de calor oficial. La decisión del Ayuntamiento, que dará cima a esa empresa, es digna de ferviente aplauso, y muy afortunada la idea de habilitar para aquel objeto el antiguo Hospi-



VISITA DE FELIPE III AL PALACIO DEL DUQUE DE LERMA, SITUADO EN LA CARRERA DE SAN JERÓNIMO (DONDE HOY SE ALZA EL PALACE HOTEL). DE UN CUADRO AL ÓLEO DEL SIGLO.



FIESTA CELEBRADA EN LA PLAZA MAYOR EL AÑO 1672 PARA SOLEMNIZAR EL PROYECTADO CASAMIENTO DEL PRÍNCIPE DE GALES Y LA INFANTA DOÑA MARÍA DE AUSTRIA.

cio de la calle de Fuencarral, que ofrece adecuado marco y ambiente propicio a su destino.

La Exposición de que venimos hablando es

brillante iniciación del futuro Museo, ya que no pocos objetos de los allí reunidos han de quedar permanentemente para servir de base al definitivo.



LA PRADERA DE SAN ISIDRO; A LA IZQUIERDA, LA ERMITA, Y MADRID, AL FONDO. DE UNA AGUADA EN COLORES DE EUGENIO LUCAS (1856).

Examinar, aun cuando fuera someramente, cuanto de interés se expone en las cuarenta salas del edificio, sería labor ardua e interminable, y aun reducido nuestro objeto a lo arquitectónico, sólo lo más importante podremos recoger; tal es el número de fotografías, planos, dibujos y modelos que se ofrece a la atención del visitante, revelando las evoluciones urbanas que ha sufrido Madrid y las vicisitudes por que han pasado sus edificios, muchos de ellos ya desaparecidos.

Palacios y residencias reales, edificios de carác-

ter monumental, religiosos y civiles, casas de recreo y placer, edificios particulares, puentes y puertas, paseos, jardinería, aguas y fuentes, teatros, escenografía, vistas generales y particulares; tales son, entre otros, los temas de conjunto en que se agrupa el enorme material coleccionado, el cual, a pesar de su gran número, puede analizarse metódicamente, gracias a su hábil y eficaz catalogación.

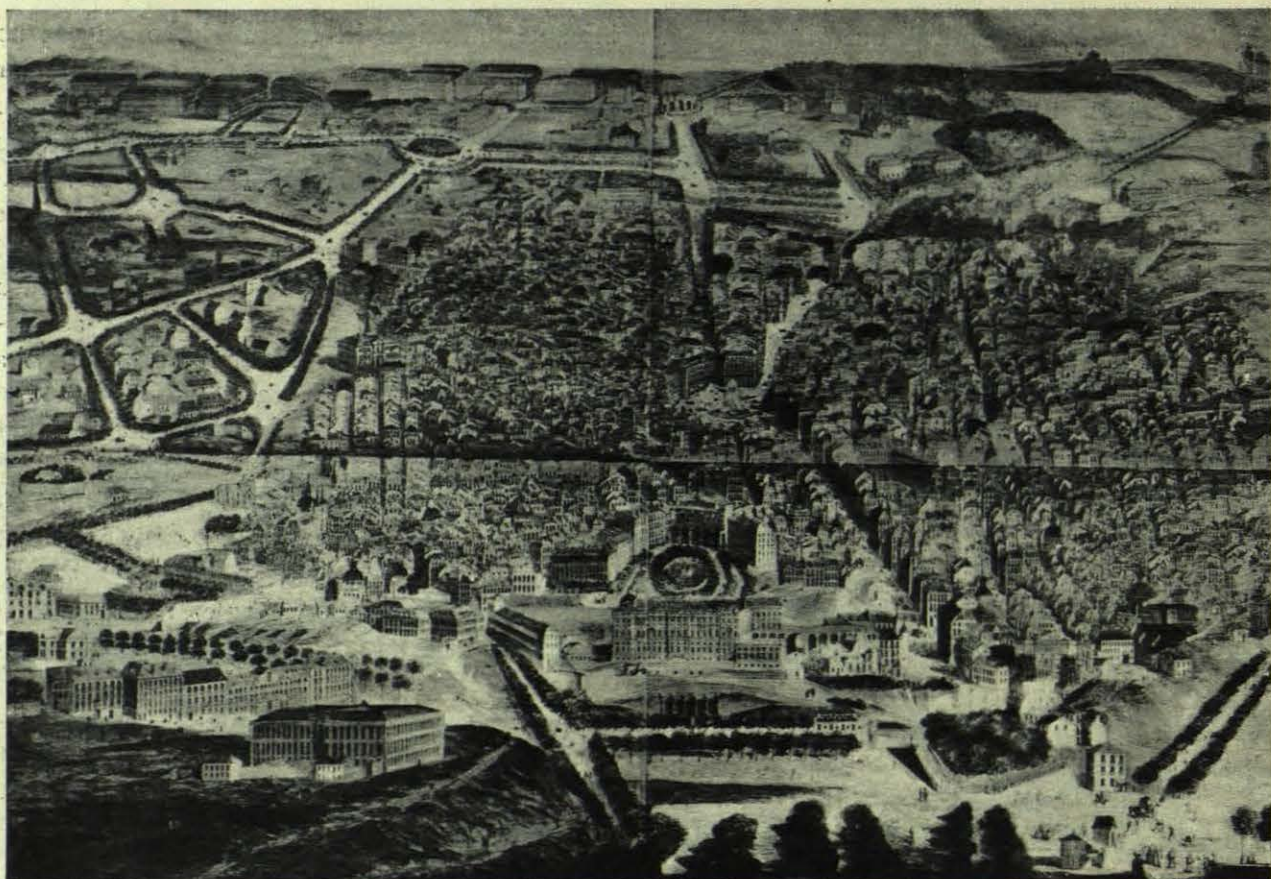
Al estudio de esos documentos dedicaremos, en unión de otros compañeros, varios artículos en números sucesivos, acompañándolos de las reproducciones gráficas más interesantes.

Por adelantado vaya nuestra enhorabuena a los elementos directores de los Amigos del Arte, y en particular a los organizadores de la Exposición, nombres los de estos últimos, que es justo consignar aquí, y son los siguientes:

Don Félix Boix, D. Francisco Ruano, señor conde Casal, D. Joaquín Ezquerro del Bayo, señor marqués de Valverde de la Sierra, D. Julio Ca-



TORRE DE LA IGLESIA DE SAN PEDRO, LA MÁS ANTIGUA DE MADRID.



VISTA GENERAL DE MADRID, TOMADA DESDE LA CASA DE CAMPO. DE UN DIBUJO DEL INGENIERO MARTORELL PUBLICADO EN "LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA". AÑO 1874.



VISTA PANORÁMICA DE MADRID DESDE LA ORILLA DERECHA DEL MANZANARES. DE UNA ESTAMPA FLAMENCA DEL SIGLO XVIII.

vestanny, D. Miguel Velasco, señor conde de Polentinos, D. Luis Bellido, D. Manuel Machado, D. Manuel Martín Magallón, D. Miguel Ortiz Cañavate, D. José Pérez Barradas. Secretario, D. Joaquín Enríquez.

LA ARQUITECTURA DEL ANTIGUO MADRID Y SU EVOLUCION

Sabido es que Madrid, por circunstancias históricas de todos conocidas, no abunda en monumentos de antigüedad venerable. En la actualidad, y demolidos casi en nuestros días el con-



VISTA DEL CONVENTO DE LAS DESCALZAS Y EDIFICIO DEL MONTE DE PIEDAD. DE UNA ACUARELA DE CARDERERA.

vento de Santo Domingo el Real, y más recientemente el Hospital de la Latina, son muy contados los restos arquitectónicos existentes que merezcan propiamente el calificado de antiguos, y de éstos, no todos ofrecen interés, como no sea aquel que entraña, en toda población culta, la conservación de sus reliquias del pasado. La torre de San Pedro, la capilla de los Vargas o del Obispo, parte del Convento de las Descalzas Reales, la portada de la Casa de Cisneros, la torre de los Lujanes y la actual Hemeroteca Municipal, con sus dos puertas mudéjares son, con muy pocos más, los residuos históricos anteriores al reinado de Felipe II que quedan todavía en pie en la corte de los Reyes de España.

Es preciso remontarse a la segunda mitad del siglo XVII para encontrar en Madrid una Arquitectura verdaderamente representativa, y es en esta centuria y la siguiente, en pleno triunfo de las diversas tendencias barrocas, cuando cobra la capital su peculiar fisonomía y ese sello característico, que hoy podemos saborear apenas, en tal o cual edificio, o bien en algún rincón del Madrid viejo, último reducto del casticismo madrileño oprimido y maltrecho ante el empuje avasallador, igualitario y cosmopolita, de la urbe moderna.

Siguiendo cronológicamente las numerosas vistas generales de Madrid que figuran en la Exposición, se puede formar claro juicio de las diversas evoluciones que la población ha sufrido desde lejanos tiempos. Es de excepcional importancia, por ser la más antigua, una del año 1561, reproducción de la que figura en un álbum de vistas de ciudades españolas que se conservan en la Biblioteca Nacional de Viena, originales probablemente del pintor flamenco Jorge Hoefnagel. Vemos por ella que era Madrid entonces un poblachón hosco y sombrío, rodeado de fuertes murallas y dominado por la masa ingente y seca del viejo Alcázar Real. Las torres de los templos, recias y rectilíneas, eran de acusado carácter mudéjar, y terminaban casi todas en armaduras bajas a cuatro aguas, cubiertas de teja árabe, al modo que hoy podemos observar en la torre de la iglesia de San Pedro. Apenas se iniciaban, por entonces, los airoso chapiteles de empizarrado, que Felipe II, desde Flandes, había

impuesto a su Arquitecto Gaspar de Vega, moda que más adelante había de arraigar profusamente en Madrid, tomando un carácter vario y peculiar que todavía perdura en algunos monumentos de la Corte. (Chapiteles de las torres de San Ginés, San Sebastián y San Martín, antigua Cárcel de Corte, hoy Ministerio de Estado; Casas Consistoriales, etc.). Favoreció la iniciativa de Felipe II la existencia en España y no lejos de la Corte, como en Bernardos (Segovia), de una excelente pizarra que podía competir con las famosas de Turnai y las Ardennes.

En el siglo XVII, el número de edificios importantes que en Madrid existía era muy considerable, como lo atestiguan las relaciones (1) y vistas generales de la época. Algunas de estas últimas, muy interesantes, se exhiben en la Exposición del Hospicio: tales las de Meunier, publicadas en Amsterdam e intercaladas en la obra *Theatrum Hispaniae* y las publicadas por Alvarez del Colmenar y editadas en Leyden, que forman parte de la edición flamenca del mismo libro. En ellas, la silueta de Madrid se quiebra en múltiples y elevadas torres, coronadas por los agudos y vistosos chapiteles a que aludíamos antes, y es curioso observar cómo en otros dibujos posteriores, interpretados por extranjeros, se desfiguran de modo extraño y se multiplican fantásticamente aquellas torres con sus agujas, cupulines y demás caprichosos remates, exagerando de modo pintoresco lo más característico del Madrid de aquella época.

A juzgar por lo que se conserva de entonces (segunda mitad del siglo XVII) y lo que se desprende de los documentos gráficos relativos a edificios desaparecidos, la mayor parte de aquellas construcciones, a falta de monumentalidad, no estaban exentas de gracia, acusándose ya en ellas una marcada tendencia a la libertad de expresión, en contraposición a los estrechos cánones vitrubianos, cuyos últimos mantenedores en la corte fueron Alonso de Carbonell (1633) y el Agustino Fray Lorenzo de San Nicolás (1635).

Finaliza el siglo XVII en España con un de-

(1) Según una relación de 1617 sólo en lo religioso contaba la corte en aquella fecha con 13 iglesias parroquiales y 41 conventos.—Cf. el artículo de E. Varela Hervías en la *Revista de la Biblioteca Archivo y Museo*. Ayuntamiento de Madrid. Año IV, núm. 13. Enero 1927.

caimiento general de las actividades culturales. Esta postración, que repercutió naturalmente en el campo de las artes, se agudizó aún más en los comienzos del siglo XVIII consecuencia de las largas luchas de la guerra de Sucesión y por eso, una vez renacida la calma, al ascender al trono el primero de los Borbones, puso el Rey lo mejor de sus ansias restauradoras en el florecimiento de las artes y particularmente la Arquitectura. Se creó entonces aquella Junta preparatoria, que cristalizó más tarde, en tiempo de Fernando VI, en la Academia de San Fernando, y se creyó necesario traer a España artistas extranjeros que excitaran la emulación de los nuestros, aunque muy pocos se mostraran dignos de tan relevante misión.

La "secta de los heresiarcas", como se llamó al churriguerismo, había ascendido en su fantasía pictórica a términos quizá no igualados por Guarini en Italia: pero supo crear un arte de cuño nacional. Acaso fué Churriguera el menos churrigueresco de la escuela y de él y sus adeptos más esclarecidos: Ribera y Donoso, quedan en Madrid algunas obras características, vituperadas en otros tiempos, pero hoy debidamente apreciadas como genuina encarnación del tipismo madrileño. (Portadas del Hospicio y San Luis, Nuestra Señora del Puerto, San Cayetano, Iglesia de Monserrat, etc.).

El éxodo de artistas extranjeros a nuestro país se prolonga hasta bien entrado el reinado de Carlos III, y su actuación en Madrid dejó una huella profunda. Después de Juvara, cuyos proyectos no llegó a realizar por su prematura muerte, los nombres de Saqueti, Sabatini y Carlier son, en distinto rango, los más prestigiosos y sus obras representativas, respectivamente: el Real Palacio de Oriente, la antigua Aduana y las Salesas Reales. A la confianza regia y al dinero sin tasa respondieron cumplidamente aquellos maestros, dotando a Madrid con tres de sus edificios más suntuosos.

Fruto del barroquismo italiano y del churriguerismo tradicional, y de este último en mayor grado del que pudiera creerse, fué el arte de don Ventura Rodríguez. Su estilo, lleno de jugosidad y gracia, es, a despecho de influencias extrañas, castizamente español, y éste fué el secreto primordial de su enorme éxito. Por desdicha, son muy contadas las obras de D. Ventura en Madrid (palacios de Liria y Astorga, iglesia de San Marcos, decorado interior de la Encarnación, entre otras), ya que el prurito extranjerizante y la intriga fueron causa de que se viera constantemente preterido por otros en la corte. Mientras tanto, en el resto de España prodigaba nuestro gran arquitecto su fecunda y admirada labor en la ejecución de innumerables proyectos.

Dentro de las épocas que la Exposición abarca, limitadas en su término por el período comprendido entre la Revolución de 1868 y la Restauración, sólo dos nombres, después del de don Ventura Rodríguez, encontramos dignos de mención: el de don Juan Villanueva y don Silvestre Pérez. Siguió Villanueva las huellas de Sabatini y demostró en sus obras un gran acierto en la ponderación de masas, que supo tratar siempre con académica suntuosidad. El Museo del Prado y el Oratorio de Caballero de Gracia son sus obras más características en Madrid.

Un purista frío y sin nervio fué don Silvestre Pérez, el discípulo más aventajado de Villanueva, autor del palacio de Vista-Hermosa, en el Prado, y de varios interesantes proyectos que en la Exposición se exhiben.

Con lo dicho damos fin a esta rápida ojeada sobre la evolución de la antigua arquitectura madrileña, preliminar que creímos pertinente para entrar con algún método en la materia que hemos de desarrollar en artículos sucesivos.

MIGUEL DURÁN

Arquitecto.